

A través de amigas de amigas Pepe se las arregló —u otras personas se arreglaron— para conseguirle una beca en 1948: una filántropa norteamericana avecindada en Chile facilitó su ingreso en la Universidad de Princeton: iría a estudiar literatura. Tres años después regresó al hogar familiar con corbata de pajarita, flaco, con muchos nuevos conocimientos y cargado de recuerdos intransmisibles. Lo mejor de su estada en Princeton: haberse familiarizado con la prosa de Henry James. Además, publicó en una revista universitaria dos cuentos en inglés. Venía más dispuesto que nunca a ser escritor a tiempo completo.

Comenzó a hacer clases en un colegio secundario. Ganaba poco y los alumnos lo admiraban mucho entre otras razones porque el profesor les permitía fumar y sentarse donde se les diera la gana. Fue entonces cuando tuvo noticias de un Encuentro del Cuento Chileno, evento organizado por un muy joven Enrique Lafourcade, autor de dos novelas y crítico de arte. El tal Encuentro había de durar una semana y los treinta narradores elegidos por el organizador debían leer sus cuentos en un circuito de lugares públicos. Hoy día no ocurriría el fenómeno que entonces se produjo: el público abarrotó los sitios en donde se daba a conocer la obra del grupo de jóvenes de ambos sexos, la mayoría perfectamente desconocidos. Esa falange fue bautizada para la posteridad como «la Generación del 50», nombre que aún hoy se pronuncia en las clases de castellano de los colegios.

Pepe se encerró varios días hasta redondear su *opera prima*, un cuento llamado *China*, anécdota mínima situada en una fea calle de Santiago, San Diego, abarrotada de comercio barato. Su personaje tiene una característica común con el elegido por varios otros participantes: es un niño, coincidencia que dio pábulo a muchas sesudas especulaciones de los críticos. Uno de ellos señaló que *China* era *una manchita de color bien aplicada*.

Se desató una tormenta de polémicas en torno al Encuentro, los autores en general fueron enérgicamente rechazados en la prensa —artículos sesudos y Cartas al Director— por iconoclastas, por insensatos o simplemente por aburridos. Lafourcade defendió a sus elegidos; pero una vez desvanecido el entusiasmo que despertaron las lecturas públicas, quedó en el aire la sensación de que un grupo de jóvenes sin mucho talento había querido dárseles de modernos y disconformes.

La publicación de *China* fue el estímulo que Pepe necesitaba para dedicarse sistemáticamente a escribir: a los dos años produjo un volumen de cuentos, *Veraneo*, con siete narraciones, entre otras *El Dina-*

*marquero*. No hubo editores interesados en publicarlo. Quizá desconfiaban del primerizo o simplemente no había espacio para ese tipo de literatura. *China* no le abrió ninguna puerta y Pepe terminó por autoeditarse, pagando al imprentero con préstamos de amigos. En 1956 *Veraneo* recibió el Premio Municipal de Cuentos y se podía decir que ya era escritor. Entonces, ¿por qué no se le borraba de la cara la permanente expresión de tristeza, de no pertenencia...? ¿Por qué su actitud cohibida? Poco después vinieron otros dos cuentos: *Ana María* y *El hombrecito*. Su atención literaria estaba centrada en la gente marginal, no siempre tratada con afecto.

Pepe aspiraba al reconocimiento público, y el hecho de que un coetáneo lo saludara en un bar, no le alcanzaba para sentir que había «llegado». Por lo demás, se veía tarde, mal y nunca con sus «colegas», muchachos imaginativos, trasnochadores, gregarios y desmelenados, que solía reunirse a analizar «la Bida» y a los poetas *maudits* franceses, en un tugurio oscuro de la Alameda, en donde tomaban vino tinto barato y rasposo. Pepe no se dejaba ver por esos lados, quizá no le interesaba la obra de sus compañeros de generación, todos o casi todos menores que él.

Por entonces llevaba dentro un tema que se había adueñado de su voluntad, no era un cuento, era «una mano abierta» como definió su amiga Margarita Aguirre a la novela. Sólo que le costaba desenredar las líneas de esa mano, no sabía cómo estructurarlas. Necesitaba estar solo, lejos de la Avenida Holanda, sus rituales burgueses y los gritos de la abuela desde la cama.

En un acto de arrojo, arrendó un cuarto en la casa de una lavandera de Isla Negra, apartado del pueblo, frente al mar. Instaló su máquina de escribir en el corredor y comenzó a trabajar día y noche. Vivió su aflicción de novelista en soledad, alternadamente optimista o deprimido, entusiasta o desesperado, sin entender claramente qué hacía. Luego de quince versiones y treinta kilos de papel, releyó una vez más esa historia de la vieja señora de buena familia y cabeza mala, el nieto ocioso, las criadas y dos «rotos» ladrones. La básica inseguridad que lo caracterizaba alcanzó proporciones enormes: cada vez que leía sus propias líneas las encontraba peores. Al final dictaminó que el resultado era una novela *pésima, estúpida, mal escrita*. Escribió a una amiga *Siento ganas de suicidarme lanzándome como Safo desde una roca al mar*.

No se lanzó al mar: en vez de eso viajó a Santiago y aplanó calles en busca de un editor. Varios lo rechazaron, hasta que dio con don

George Nascimento, acogedor, comprensivo, pero no necesariamente manirroto: luego de hacer números ofreció a Donoso pagar los derechos de autor con ejemplares que debería encargarse de colocar entre sus conocidos. Dijo bueno, está bien. Un día tuvo entre las manos su libro con el dibujo, en la portada, de una casa peligrosamente parecida a la de su familia en la Avenida Holanda. Y aunque hubo voces desaprobadoras, la crítica, encabezada por el muy respetado Alone, oráculo dominical de *El Mercurio*, fue benévola con *Coronación*.

Todos sus conocidos aceptaron que el personaje principal, doña Elisa Grey de Ábalos, estaba inspirado, o más bien era igualito a tú sabes quién. Esos comentarios de su medio hacían sangrar la úlcera de Pepe. Se volvió más tímido, más tartamudeante, más temeroso del qué dirán.

Muy pocos se dieron cuenta de que *Coronación* era el portazo definitivo al criollismo y el naturalismo y todos los demás ismos de la literatura chilena. Su autor no sabía, no podía saber ni reconocer que esa novela era la obra más coherente de su tiempo, la más urbana, tenebrosa y representativa de dos mundos y dos clases que conviven, se odian, se aman, se desprecian y no pueden evitarse. Era la ruptura con el pasado de las letras chilenas y esa escisión resultaba dolorosa para el autor y lo también para los lectores.

Debía transcurrir un tiempo, tenía que llegar Pilar-Pilarica con su fe inconmovible, era preciso que Carlos Fuentes aterrizara en Chile a participar en un congreso de escritores en la sureña ciudad de Concepción, y se encontraran, comentaran sus años en el colegio The Grange y Pepe se envalentonara como para regalarle su novela...Se necesitaba que Fuentes leyera *Coronación*, y ya desde México escribiera dando a la pareja la dirección de su agente en Estados Unidos. Pilar hizo el paquete y fue al correo y se sentó confiadamente a esperar el resultado. Así fue como *Coronación* se tradujo, la publicó Knopf en Nueva York y empezó a rodar por el mundo vertida a otros idiomas. Y Pepe se convirtió en José Donoso.

Todo el resto ya se sabe: qué escribió después, en qué orden cronológico, en qué país. De lo que nadie habla es de su presencia en las calles de su barrio; en la playa larga de Cachagua en los veranos, con los pantalones arremangados para no mojarlos en la resaca vespertina; observando el espectáculo callejero desde un café de la Recoleta de Buenos Aires; en el mundo abigarrado y tumultuoso de la Feria del Libro, poniendo su firma con mano temblorosa en el ejemplar tendido por algún entusiasta lector argentino.

Nadie habla de ese José Donoso; pero bueno, el hombre que cruza cautelosamente la calle Ayacucho y avanza por Quintana buscando a alguien en el horizonte frente a sí, no es él, ese que vemos no es nadie, él ya no está.



Foto estudio Malet